

Homenaje a Jorge Albistur

Margarita Carriquiry

Margarita Carriquiry

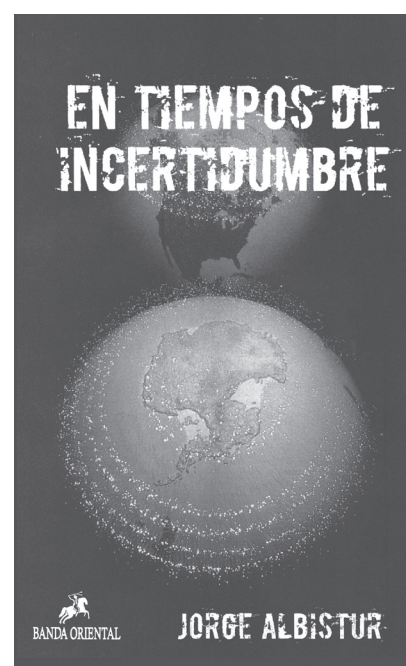
Profesora de Literatura egresada del IPA ; cursó la Maestría en Literatura Latinoamericana en la Facultad de Humanidades de la UDELAR. Docente en Enseñanza Secundaria y en el IPA (Literatura Uruguaya, y Literatura Iberoamericana). Docente de Literatura Española y Uruguaya y de Cultura Uruguaya en UCUDAL. Fue Referente Académico de la disciplina para los CERP (Codicen). Entre 2006 y 2008 dictó cursos y dirigió seminarios en la Universidad “La Sapienza” de Roma, Italia, y dirigió talleres de escritura creativa en el Instituto Italo-americano de Roma. Conferencista en Uruguay, Brasil e Italia, expositora en Congresos y Seminarios en los tres países. Junto con Teresa Torres obtuvo el premio de la Academia Nacional de Letras en 1989 por su trabajo sobre José P. Bellán. Tiene publicados libros de crítica sobre la obra de Francisco Espínola, Pablo Neruda, Dante Alighieri, Jorge Manrique, Rubén Darío y Augusto Roa Bastos – este último en colaboración con el Prof. Gustavo Martínez. Actualmente dirige Talleres Literarios en Montevideo y La Floresta.

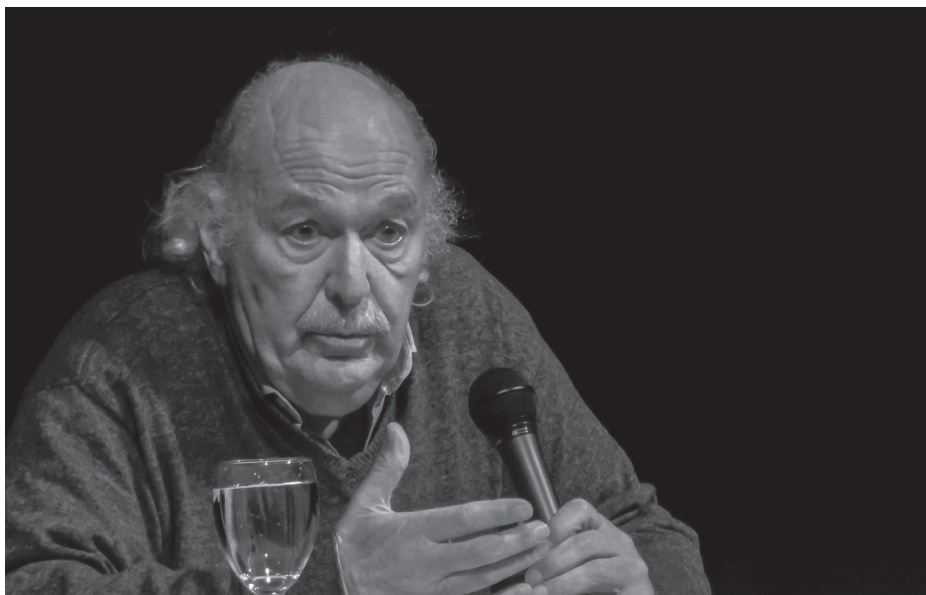
Corría el año 1968, estábamos estudiando a Rubén Darío en 2º año de Bachillerato: *La dulzura del ángelus, Nocturno a Mariano de Cavia, Lo fatal...* Nuestro profesor era Jorge Albistur.

En algún momento descubrí a través de sus palabras lo que significa ser docente, que lo que un profesor podía hacernos descubrir a través de un texto era como ayudarnos a nacer y me dije: “Así quiero ser yo”.

Tres años después en el IPA, fue nuestro profesor de Literatura Española. Sus clases sobre la formación del castellano, los primeros documentos escritos en la nueva lengua que se habían encontrado, los juglares, fueron la revelación de un mundo desconocido. Pero lo que más me impactó fue su análisis del personaje Cid Campeador. En ese héroe que llora cuando debe abandonar su casa, su tierra y su familia por causa de un decreto injusto, descubrí un sentido diferente del heroísmo, donde lo humano prevalece sobre lo épico. Nunca más lo olvidé.

Al año siguiente fue mi profesor de Práctica, en tiempos convulsos, cuando dar clase a veces era toda una proeza porque debíamos superar el clima de violencia y de inseguridad que se vivía día tras día. Pero ya entonces yo había entendido que la Literatura es mucho más que un juego intelectual y la docencia mucho más que atiborrar de conocimientos la cabeza de los estudiantes. En ese descubrimiento Albis-





tur desempeñó un papel fundamental, porque con él nos adentrábamos en lo esencial humano: el dolor y la muerte, la pasión y el amor, la soledad y el miedo, el ideal y la locura. A través de los libros encontrábamos un mundo apasionante, infinito, que Albistur transmitía de una manera intensamente viva. Lo recordé al leer estas palabras:

En términos absolutos el arte es “contingente” y hay millones de seres que jamás han leído a Dante o a Virgilio y no han desertado por ello de la condición humana... pero estas consideraciones tienen poco que ver con la experiencia personal, y cada lector guarda dentro de sí —en un reservado relicario— el puñado de autores que lo han ayudado a descubrir al hombre. Esos pocos son contingentes para la vida, pero ya no tanto para una vida singular e íntima.

En aquel tiempo podía valorar y admirar al profesor, solo más tarde descubrí en él al intelectual de búsqueda incansable, aunque siempre su preocupación esencial fue la docencia. En su libro de 2015 *En tiempos de incertidumbre* propone una reflexión profunda sobre nuestro presente, abordándolo desde la filosofía, la ciencia, la política y, ¡cómo no!, la Literatura.

Me sorprendió su sintonía con Tomás De Mattos, cuando reflexionando sobre la búsqueda del placer como uno de los motores de nuestro tiempo, le opone otro concepto de felicidad:

Es la hora de la felicidad como centro de la vida, y ella suele confundirse con un módico pasarla lo mejor posible, probando los mendrugos de placer que la ocasión ponga en el camino y sin pensar demasiado que la felicidad bien podría ser una construcción que se alza sobre los restos del dolor asumido.

Quienes hemos hecho de la búsqueda del conocimiento algo fundamental en nuestra vida, sabemos cuánta felicidad, cuánta ansiedad y cuánta pasión hay detrás de ella. Por eso leer y releer a Dante y a Cervantes, a Shakespeare o a García Márquez se nos vuelve necesario. «Un grano de poesía sazona un siglo» decía José Martí. Albistur lo reafirma con estas palabras:

El siglo XX aparece, en efecto, al igual que Virgilio, enfermo de evolución y de progreso, oprimido por conquistas maravillosas que se han vuelto insuficientes o faltas de sentido. Virgilio sabía que sus dioses estaban cansados y a punto de abdicar. También nosotros sabemos que los dioses que nos han regido, ya no merecen el culto (...) Pero es en Cervantes y en Shakespeare donde empezamos a reconocernos. La modernidad es ya en ellos tan vigorosa, que bien podemos sentir que esos artistas no son contingentes sino necesarios en la historia de nuestro espíritu (...) Se aproximan por haber planteado los imprecisos límites entre el arte y la vida.

En oposición al concepto frívolo y egoísta de la felicidad, Albistur propone una reflexión acerca de la noción de prójimo. A través de las parábolas de la misericordia, en el Evangelio de Lucas, del diálogo de Sonia y Raskolnikov en Crimen y castigo y del encuentro entre Príamo y Aquiles en la *Iliada*, Albistur reflexiona acerca de la posibilidad de comprender, aceptar y amar al otro hasta convertirlo en prójimo. Desde estos textos él sabía llegar a lo esencial del hombre.

Es desde esta óptica que se detiene en el análisis del encuentro entre Príamo y Aquiles recién aludido. En el final de *La Iliada* encontramos a Príamo suplicando en nombre de la piedad filial:

Acuérdate de tu padre, oh Aquiles, semejante a los dioses, que tiene la misma edad que yo y ha llegado a los funestos umbrales de la vejez.

Es en este momento de máxima tensión dramática que ambos héroes se enfrentan al dolor dentro de sí mismos. Y dice Homero:

Los dos lloraban afligidos por los recuerdos: Príamo acordándose de Héctor, matador de hombres, derramaba copiosas lágrimas postrado a los pies de Aquiles; este las vertía unas veces por su padre y otras por Patroclo.

Albistur interpreta la escena con estas palabras:

El dolor los distancia casi tanto como el triunfo. Quizás sea razonable aceptar que el poema de la cólera no podía terminar con los enemigos reconciliados en el amor, y lo cierto es que Homero se interna en adelante en el esfuerzo de estos hombres por alcanzar algo que no solo está más allá de ellos mismos, sino acaso también, de la época en que viven. Por el momento lloran juntos, pero cada cual encerrado en su propio dolor.

No ha llegado todavía la hora del prójimo. La cólera está al acecho. Ambos llegan a admirar al ser humano que tienen delante, pero solo son capaces de llorar por sí mismos.

Desde hoy, desde un tiempo de incertidumbre, Albistur repasa el poema de Homero y encuentra las pistas que lo llevan a preguntarse si la idea de prójimo, elaborada a través de siglos de civilización, no ha comenzado a retroceder, si la cólera no sigue allí,

agazapada, si, como decía Mario Benedetti en nuestros tiempos, el prójimo es casi siempre, en realidad, un “lójimo”.

Quisiera terminar esta evocación señalando que nuestros recuerdos están llenos de olvidos, se nos desdibujan tantas cosas que hubiéramos querido traer y compartir, pero lo que Albistur significó para muchos de nosotros, desde los lejanos días de estudiantes hasta hoy, por ese modo tan suyo de calar muy hondo en los textos y volverlos vida, por la generosidad con que supo compartir su saber, porque nos acompañó a lo largo de los años con una fe inquebrantable en su profesión, que es también la nuestra, por todo eso, lo tendremos presente siempre.

Nada mejor que cerrar esta breve intervención leyendo *Lo que fue*, hermoso poema de Liber Falco:

Vienes por un camino
que mi memoria sabe
y me detengo entonces
indagándote el rostro.
Más ah!, ya no es posible
siquiera, no es posible
detenerte un instante.

Todo está muerto y muerto
el tiempo en que ha vivido.
Yo mismo temo a veces,
que nada haya existido;
que mi memoria mienta,
que cada vez y siempre
puesto que yo he cambiado—
cambie lo que he perdido

Con Cervantes

En homenaje a Jorge Albistur

María de los Ángeles González

Por mucho que lo respeté y aprecié, sólo en un aspecto muy lateral y específico puedo contribuir al homenaje a Albistur. Y esto sea más que nada por una aspiración de inscripción disciplinar y discipular –con perdón–, y en este caso me correspondería recordarlo en tanto profesor de la Facultad de Humanidades, que lo fue hasta 1996, y en especial Profesor de Literatura Española.

Fui su alumna en Facultad, pero nunca tuve un trato cercano. En 1994 lo tuve de profesor en un curso panorámico de grado y en 1995 en un seminario sobre el *Quijote*, que creo fue su último curso. Bien presente tengo su despedida, a salón lleno, como solían ser las clases en ese tiempo, masivas y necesariamente expositivas.

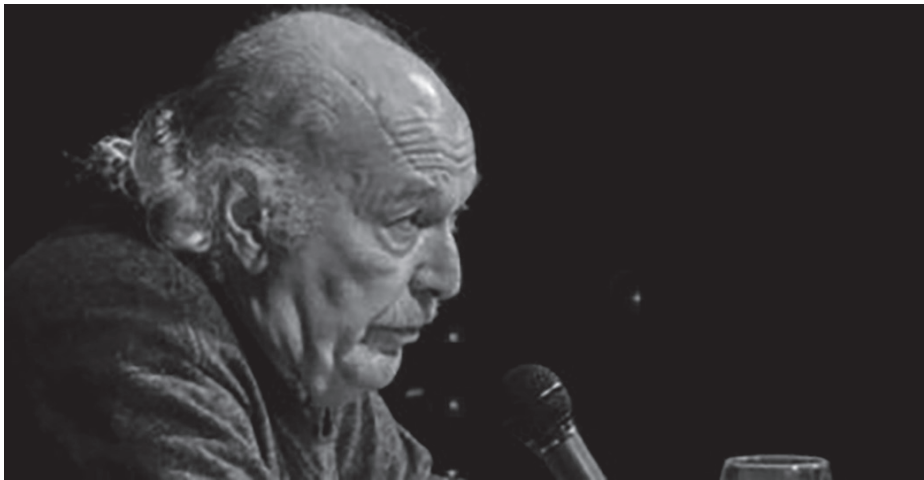
Albistur estuvo luego en los dos tribunales de concursos de oposición y méritos en los que concursé para cargos en Facultad. Siempre tuvo para conmigo un trato correcto y de aprecio, pero nunca efusivo, lo suficiente para establecer una confianza humana e intelectual de fondo, más que hecha de experiencias o de tertulias.

En estos días posteriores a su muerte, buscando otra cosa, me encontré con unas reflexiones que vinculé con esa forma de la confianza y de la discipularidad. Se trata de un artículo de Humberto Maturana, el biólogo chileno que se autodefine como biólogo del emocionar y divulga cuestiones sobre la biología del conocer y la biología del amar. Tiene también, muchas páginas dedicadas a la educación. En el libro *El sentido de lo humano*, Maturana defiende que, en realidad, la enseñanza transmite (o dispara, propicia) un modo de convivencia y una forma de vida, incluso una forma de ser, puesto que la enseñanza es para él una convivencia y no depende de lo que se sabe, sino de lo que se es (no solo de quien es circunstancialmente el profesor, sino de quien es circunstancialmente ese alumno). De modo que la interacción ocurre generada por una forma de la confianza que se deposita en el profesor, una “adscripción” al otro, dice Maturana. Así que habría dos modelos para él básicos de interacción educativa que dan como resultado que, de acuerdo al tipo de convivencia que se entable, “o se aprende al profesor o se aprende la materia”.

Lo que quiero homenajear aquí es mi “aprender al profesor”. Porque Albistur generaba un modo de adscripción que llevaba a querer aprender su experiencia, su mundo. Con el texto de Hernández, con Cervantes, llegaba todo lo otro, como una ráfaga: el amor a España, sobre todo, el humanismo cristiano, Erasmo, una postura siempre crítica respecto del poder, y aunque no beligerante, inteligente y productiva. Su respeto, su tolerancia con el error, y hasta con la ignoran-

María de los Ángeles González Briz

Doctora en Letras Españolas e Hispanoamericanas por la Universidad de Buenos Aires (UBA). Es investigadora de la Agencia Nacional de Investigación e Innovación (ANII) y Prof. Adj. de Literatura Española en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (Universidad de la República, Montevideo/ Uruguay). Ha publicado artículos en revistas arbitradas y en libros colectivos, especialmente sobre las relaciones entre la literatura española y Uruguay, así como los libros: *El Quijote en Uruguay: mito y apropiaciones* (2017); *Onetti: las vidas breves del deseo* (2015), *Poesía, exilio y contactos de la generación del 27* (2011), *De España al Río de la Plata: Escritores migrantes en el siglo XX* (2009), *Tradición hispánica en el siglo XX: Vigencia y polémica* (2008).



cia, por amor a lo humano en sí. Su nunca pedantería, la piedad o compasión, que buscaba siempre en los textos (no sólo cervantinos).

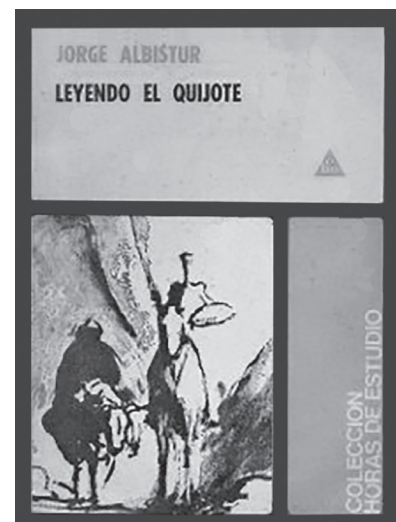
Mi otra forma de cercanía fue, en realidad, en estos últimos años, cuando me puse a estudiar los antecedentes de los estudios cervantinos en Uruguay y me encontré con una línea (no en el sentido de prelación, sino en el sentido de alineación, en la que destacaban Guido Castillo, Cecilio Peña y el propio Albistur). Él fue quien me señaló en el caso de Guido, la importancia de José Bergamín en la marca, la orientación hacia lo hispánico.

En esa ruta de búsquedas, entrevistamos a Albistur en 2015 con un grupo de estudiantes para hablar en principio sólo de Cervantes, de su propia formación, de cómo llega a ser un especialista en Montevideo y en los años 60, donde todavía se cultivaba el generalismo culto. Lo entrevistamos buscando siempre unas llaves que explicaran cómo y por qué llegó a hilar tan finamente en la obra de Cervantes, casi sin maestros –no se puede decir que Peña estrictamente

lo fuera–, sin tradición académica, sin amparo institucional. Llegamos, como siempre, a conocer una faceta de una persona. Nunca a explicarnos una persona ni las razones concretas de su excepcionalidad.

Pensé que el título de Azorín podía ser también el título imaginario de este homenaje mío, tratándose de Albistur. Porque Cervantes y Azorín nos dan dos caminos de acceso a su índole, a su formación, y a lo que entiendo su estilo.

Volviendo estos días al libro *Leyendo el Quijote*, volviendo a su epílogo de 1968 (hay luego agregados en la edición de 1974), lo encuentro muy azoriniano. Si Albistur quiso despegarse claramente de Unamuno, de su lectura del *Quijote*, creo, sin embargo, que Azorín le fue siempre entrañable y sospecho que se le impregnó algo de su mirada, de su tipo de españolismo atento a lo cotidiano y más amante de lo pueblerino o lo rural que de lo urbano, más pintoresco y “romántico”, podríamos decir. Esa forma de mirar y apreciar España fue siempre, creo, machadiana y azoriniana.



No entro en el capítulo de Machado, aunque quiero recordar que se cumplen este año 80 de su muerte.

Albistur fue, antes que nada, y antes incluso que un “cervantista”, un gran lector. En esa entrevista que guardamos repasó las lecturas de su adolescencia, su descubrimiento de los clásicos, su lugar como refugio no negador de la vida, sino como alternativa provisoria y orientadora de ella, poniendo en evidencia un modo lector activo y vital.

Tanto es así que no imagino definirlo como un intelectual, sino como un lector, un crítico y un profesor. Un crítico vuelto por un lado hacia adentro (buscando dentro de sí, interiorizando, haciendo de la lectura un aprendizaje de sí, del ser humano que se es y se puede llegar a ser) y por otro lado hacia afuera, aquello que era tan evidente en sus enormes dote comunicativas, la transmisión áulica apoyada en la voz, en la gestualidad, en el impacto. Y también en el ser siempre docente, hasta cuando escribe. Pero esta tríada (lector, crítico, profesor) es indiscriminable y cada aspecto fortalece al otro.

Y volviendo a la forma en que “se aprende al profesor” me gusta recordarlo acentuando en la faceta que yo le vi, a la que accedí en esa interacción circunstancial, porque todos los otros aspectos de su vida no entran en juego más que bajo la forma, en todo caso, de mitos que predisponen. En esa dialéctica uno construye en el profesor que aprende una síntesis de una vida y una actitud. De lo que destacaría: la seriedad y respeto frente al texto, la modestia frente a las posibilidades del conocer, la llaneza en el lenguaje, anti retórico y siempre salpicado de coloquialismos, del lenguaje de la calle. Un estilo que acerca enormemente el texto a la experiencia.

Por eso no puedo dejar de verlo en paralelo con Cervantes: la resolución no conflictiva de vida y literatura, el optimismo implícito (vital o alegre, activo), y el morir conforme. Algo que está en Don Quijote (Albistur es de la línea de los que reivindican la cordura final, yo me adscribo también en esto al profesor). Pero también está en el Prólogo del *Persiles*, la obra póstuma de Cervantes, escrito tres días antes de la muerte. El prólogo, firmado luego de su extremaunción, contiene una despedida y un breve *ars moriendi*.

En abril de 2018 invité a Albistur a aportar una contribución para un libro colectivo sobre el *Persiles*, que aún está inédito y quizás dará a la luz su último texto. Albistur, fiel a su estilo, armó una reflexión sobre sus lecturas de Cervantes, como un circuito perfecto, que se abre y cierra con sendas citas de Nietzsche. Para terminar eligió, como él mismo lo ha explicado, “una sentencia jubilosa que expresa un deseo ilimitado, desbordante, una esperanza absurda pero asombrosamente llena de energía. Nietzsche manifestó esta escandalosa satisfacción con el más acá: ‘¿Era esto la vida? Bueno, ¡que venga otra vez! No sabemos si será nuestra última frase en la muerte, pero sí por lo menos en la conclusión de este escrito’” (Albistur, *De inflexiones y regresos*).

Quisiéramos homenajearlo y despedirlo, con otras palabras, estas de Cervantes, también tan “absurdas” como escandalosamente “llenas de energía”, que bien podríamos suponerle a él en sus últimos días: “¡Adiós, gracias; adiós, donaires; adiós, regocijados amigos; que yo me voy muriendo, y deseando veros presto contentos en la otra vida!” (*Persiles*, abril de 1616).